

LA GLOBALIZACIÓN Y EL *f*UTURO DE LA POLÍTICA



OBSERVACIONES DESDE UNA
PERSPECTIVA EUROPEA

C 97 - 03964

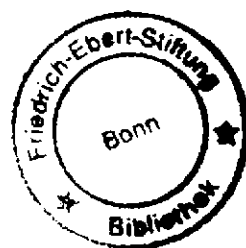
LA GLOBALIZACIÓN Y EL *f*UTURO DE LA POLÍTICA

OBSERVACIONES DESDE UNA PERSPECTIVA EUROPEA

ESTE LIBRO ES UN OBSEQUIO DE
FUNDACION FRIEDRICH EBERT
REPRESENTACION EN MEXICO



**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG



C 97 - 03964

Edición realizada por
Centro de Estudios para la Reforma del Estado A. C./Fundación Friedrich Ebert
Reservados todos los derechos
Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio sin permiso por escrito del editor
Coordinadora: Lidice Rincón Gallardo Pavón
Diseño, tipografía, formación e impresión: Abedul Editores, S. A. de C. V.
Corrección: Eduardo Méndez
Grabados: Adolfo Mexiac

Primera edición, 1997
Impreso en México/Printed in México

CON TENIDO

.....

PRESENTACIÓN

.....

5

LA GLOBALIZACIÓN Y EL FUTURO DE LA POLÍTICA OBSERVACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA EUROPEA

Dirk Messner

.....

7

COMENTARIOS

.....

23

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

.....

29

Directorio

CENTRO DE ESTUDIOS PARA LA REFORMA DEL ESTADO, A. C.

Integrantes

Alberto Aziz Nassif
Agustín Basave Benítez
Rosalba Carrasco Licea
Carlos Castillo Peraza
María Amparo Casar Pérez
Alejandro Encinas Rodríguez
Fernando Estrada Sámano
Enrique de la Garza Toledo
Miguel Ángel Granados Chapa
Rosario Guerra Díaz
Alonso Lujambio Irazabal
Adolfo Mexiac
Salvador Milanés García
Rafael Ocegüera Ramos
Victor Manuel Palma César
Francisco José Paoli Bolio
Cristina Puga Espinosa
Gilberto Rincón Gallardo
Luis Salazar Carrión
Rafael Segovio Canosa
Ricardo Valero Becerra
Luis del Valle Noriega
Margarita Zavala Gómez del Campo

FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT

Eckart Wild

PRESENTACIÓN

*E*mpeñados en la búsqueda de soluciones a los acertijos reales y teóricos que enmarcan el controvertido proceso de Globalización, los criterios y afirmaciones que aquí se hacen, así como las interrogantes e incógnitas que nos quedan, son –sin duda alguna–, parte medular del debate. A las puertas ya del año 2 000, a todos nos inquieta qué tan ineludible es este *destino*, cuán *globalizados* se harán los ejércitos, parlamentos, soberanías, comunicación y medios, las sociedades mismas y gobiernos que hoy conocemos, y más aún, ¿qué nuevas *fronteras* nos depara el próximo *orden* global?



LA GLOBALIZACIÓN Y EL FUTURO DE LA POLÍTICA

OBSERVACIONES DESDE UNA PERSPECTIVA EUROPEA

*Dirk Messner**

La turbulenta década de los noventa

La última década del siglo XX estuvo precedida por un acontecimiento histórico de alcances mundiales. La implosión de las sociedades regidas por el socialismo real que se produjo en 1989, en el bicentenario de la Revolución Francesa, marca el fin de una lucha entre dos sistemas que se habían enfrentado durante mucho tiempo, armados hasta los dientes, disputándose la hegemonía sobre la sociedad mundial con recursos culturales, económicos y militares. El final de este conflicto entre los sistemas marca, sin lugar a dudas, un giro decisivo de la historia. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿un giro hacia dónde? Las democracias occidentales con régimen de mercado celebraron el acontecimiento como un triunfo propio. "Porque en el Este todo cambiaba, quedamos convencidos de que en el Occidente toda quedaría tal cual", escribe Wolf Lepenies (1997: 30), sintetizando de manera acertada el estado de ánimo, el triunfalismo y las aspiraciones de todos aquellos que consideraban que la descripción de Fukuyama del "final de la historia" respondía a la realidad.

Más allá de esto, la década de los noventa ha quedado marcada, sobre todo en los países occidentales, por las discusiones sobre el proceso de globalización, en las que por cierto se advierten más bien connotaciones escépticas y temerosas, lo cual, a primera vista, parece paradójico, ya que a nivel mundial están concretándose a gran velocidad precisamente aquellos procesos en los que descansa el proyecto del mundo occidental: economía de mercado e industrialización, democracia, cientifización y secularización.

* Director académico del Instituto para el Desarrollo y la Paz, en Disburg, Alemania.

No obstante, las sociedades occidentales no llegan a regocijarse del todo con su doble triunfo de los años noventa —la caída del socialismo y la globalización de su modelo económico y social—, porque ya hace tiempo que se han vivido momentos de inseguridad, de duda y de necesidad de cambios profundos en las economías y sociedades de mercado. Los cambios de la década de los noventa se condensan en tres contextos problemáticos que son, todos ellos, de mediano y largo plazo, y cuya solución requiere de transformaciones de gran alcance.

1. Los pilares de las democracias con economía de mercado se resquebrajan.

La *economía de mercado* y la *industrialización* han contribuido enormemente a incrementar el bienestar social, pero al mismo tiempo han afectado en exceso los sistemas ecológicos, y las sociedades laborales se ven confrontadas con una merma creciente del trabajo remunerado de tipo tradicional. La *democracia* requiere para su existencia de una participación activa, de un mínimo de cohesión social y de la vitalidad de los recursos morales de la sociedad, tales como espíritu cívico y solidaridad. En lugar de éstos, sin embargo, prevalece la imagen de la “democracia por ausencia”, y ante la generalización del modelo de la competencia global, los recursos sociales generadores de cohesión colectiva parecen incapaces de manifestarse.

Los conocimientos producidos por las *ciencias* ya no pueden considerarse, sin reserva alguna, como motores del progreso, sino que representan en medida creciente también una amenaza. ¿Y la *secularización*, entendida como un proceso de liberación del hombre de fundamentalismos religiosos y místicos? Ella derivó, al fin de cuentas, de los proyectos de secularización europeos del fascismo y el estalinismo. Por consiguiente, ni la secularización ni las ciencias constituyen *a priori* una defensa contra fundamentalismos que a menudo se suelen atribuir a países “premodernos” o “subdesarrollados”: la ortodoxia del neoliberalismo radical, la religión del mercado, no es más que una de sus variantes.

A los inconvenientes del modelo occidental, desde luego, se les oponen sus logros, pero el triunfalismo posterior a 1989 nos hizo olvidar durante algún tiempo que la arquitectura del modelo occidental de civilización requiere de una reestructuración extensiva. De ningún modo está garantizado que las democracias con régimen de mercado logren reinventarse por su propio esfuerzo, sin contar con la imagen del enemigo en el Este, generadora de unión y de capacidad reformadora.

2. Durante mucho tiempo, Occidente fue precursor de la modernización y motor de la globalización, interpretada justificadamente como la occidentalización del mundo. Este monopolio se está erosionando.

Con Japón y los países semi-industrializados de la primera y segunda generación se ha ido conformando un nuevo centro de gravedad en la economía mundial. Allí están surgiendo nuevas tecnologías y métodos de organización. Los que antaño fueron mercados para la colocación de los productos de Occidente se han convertido en eficientes espacios de actividad económica. Incluso en el ámbito de la política ambiental, los países asiáticos están asumiendo un papel pionero: en 1990, Corea del Sur estableció las bases legales para una planificación ambiental de alto vuelo, marcando objetivos concretos que se presupuestan detalladamente y se evalúan año con año. Así, por ejemplo, a lo largo de la próxima década se pretende incrementar drásticamente la proporción de las energías regenerativas en el consumo nacional de energéticos. Para tal fin se encauzan las inversiones necesarias de los sectores públicos y privados. Quien haya observado la manera tan perseverante y voluntariosa con que en el lapso de tan sólo dos generaciones Corea del Sur se transformó de un país agrícola atrasado en una moderna nación industrializada, podrá imaginarse que también en política ambiental allí se harán esfuerzos más decididos que en Occidente.

Pero la hegemonía occidental no sólo se relativiza en el ámbito económico, sino también en la cultura. El más prestigioso premio literario inglés, el *Booker Prize for Fiction* fue otorgado en 1981 a Salman Rushdie, y en los siguientes doce años lo ganaron dos australianos y un sudafricano, una autora de origen polaco, un nigeriano y un japonés radicado en Inglaterra. En la sociedad mundial se manifiesta aquello que el filósofo y matemático francés Descartes ya había supuesto en el siglo XVII: la inteligencia y el sentido común son las cosas mejor distribuidas del mundo.

3. La globalización plantea nuevas exigencias a las sociedades nacionales, los Estados y la política. La democracia y el mando político siguen estando preponderantemente a nivel nacional, a la vez que los fenómenos transfronterizos y los problemas mundiales van ganando cada vez mayor importancia.

Primero: con la globalización de la economía, la tecnología, las comunicaciones y los sistemas de transporte se internacionalizan también problemas como criminalidad, narcotráfico y desempleo. Segundo: ante el trasfondo de la globalización de la democra-

cia y del capitalismo se plantea la cuestión —en buena medida sin respuesta— de reconstruir los pilares de los regímenes democráticos de mercado en el contexto mundial. Y, como tercer punto: aumenta considerablemente la importancia de los problemas transfronterizos y mundiales. Ni los riesgos de las nuevas tecnologías, ni los problemas climáticos o los efectos de fluctuaciones cambiarias de las monedas más importantes sobre “economías nacionales”, sectores económicos, empresas individuales, situación de empleo y desarrollo social, pueden delimitarse a nivel nacional. Igualmente, las crisis de regiones aparentemente apartadas, como depauperación y miseria masiva, destrucción del medio ambiente, guerras y migraciones causadas por la pobreza o las violaciones a los derechos humanos, tienen efectos globales de bumerang. Los problemas mundiales rebasan las posibilidades de las naciones, y el concepto clásico de soberanía, en el cual se sustenta el sistema internacional, se convierte en un anacronismo.

La globalización: ni mito, ni acontecimiento natural ineludible

La importancia y los alcances del proceso de globalización son objeto de controversia. Hay observadores que definen precipitadamente la globalización del pasado reciente como mito o fantasma, aduciendo que la evolución hacia la economía mundial se inició ya en el siglo XV, de modo que la dimensión internacional de la economía no sería nada nuevo (Dolata, 1997). No obstante, nadie cuestionaría que la densidad cada vez mayor de las interdependencias económicas y la red cada vez más tupida de relaciones comerciales, corrientes financieras e inversiones directas, relacionan las dinámicas de desarrollo de las “economías nacionales” y los márgenes de acción de la política con la lógica de desarrollo de la economía mundial de una manera que hasta hace un cuarto de siglo (antes de la caída del sistema de Bretton Woods, en 1973) hubiera sido totalmente inconcebible.

Apenas con el colapso del socialismo y la apertura de China a la economía global se superó el fin de la economía mundial dividida. Y los esfuerzos por integrarse activamente a la economía mundial de un grupo creciente de países del Sur, que hasta finales de la década de los ochenta habían tratado de recuperar su rezago en materia de industrialización cerrando sus economías frente al mercado mundial, como los países latinoamericanos, cambiarán en el futuro sustancialmente las jerarquías en la economía de mercado mundial. Al fin de cuentas, en China, la India y Brasil vive más del 40% de la población mundial. La globalización de la economía, impulsada por el desarrollo tecnológico, ha adquirido una calidad diferente en el umbral del siglo XXI.

No obstante, también pecan de una falta de diferenciación quienes argumentan que vivimos en una sociedad mundial en la que los procesos económicos y sociales ya sólo pueden concebirse como fenómenos globales, y donde espacios y actores nacionales, regionales y locales o el propio Estado nacional han perdido totalmente su importancia (Ohmae, 1990).

El análisis de los desarrollos en los diferentes ámbitos de la sociedad mundial, la economía, la ecología, las culturas y la paz (o falta de paz) mundiales en cuanto a las *tendencias globales* muestra, por el contrario, que los procesos de globalización conllevan una multiplicación y una condensación de interacciones transfronterizas que involucran a casi todas las sociedades, los Estados, las organizaciones, los grupos de actores y los individuos en un complejo sistema de interdependencias, aun cuando el grado de este involucramiento puede variar. Tanto los márgenes de acción de los individuos como los alcances de la política de los Estados nacionales y los patrones y las estructuras profundas de las sociedades, registran importantes cambios.

La globalización es un *fenómeno espacial*. Los espacios locales, regionales y globales se entretajan de una manera nueva y cada vez más tupida. Entre los Estados nacionales y el nivel global se interponen proyectos regionales de integración de grupos de países (UE, NAFTA, MERCOSUR, etcétera). Las actividades sociales, económicas y culturales se reordenan a lo largo de la continuidad de espacios y niveles de acción locales hacia otros de índole global. Las cadenas de acciones se integran en redes cada vez más densas por encima de los diferentes niveles. Entre empresas, instituciones estatales, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, surgen patrones de interacción de tipo local-multilateral, inter e intrarregional o incluso transcontinental. Lo que acontece en lugares distantes repercute en situaciones locales y viceversa.

La globalización tiene una *dimensión temporal*. Informaciones, conocimientos, capital, mercancías y personas pueden transportarse alrededor del mundo en tiempos cada vez más cortos. Es así que actividades, decisiones u omisiones en un lugar del mundo repercuten con una diferencia de tiempo cada vez menor, incluso en acciones cotidianas, en el otro confín de la Tierra.

La globalización se caracteriza por estrechas *interdependencias causales* entre las *tendencias globales* más diversas. Desarrollo económico y social, crecimiento demográfico, medio ambiente e innovaciones tecnológicas interactúan de una manera específica. La guerra o la paz pueden depender del desarrollo social, de intereses globales de poder o también de alteraciones ambientales.

La globalización se caracteriza, por un lado, por sus tendencias uniformadoras. En la competencia internacional se generalizan los estándares de producción, se asimilan

patrones de consumo, "surgen culturas triviales de todo mundo y se corre el peligro de que la riqueza cultural del mundo", que reside en la variedad, acabe por ser arrollada. Al mismo tiempo, subsisten bajo esa superficie monótona culturas independientes, visiones diferentes del mundo, patrones de organización de la sociedad y estilos económicos que van modificándose paulatinamente a pesar de su inserción en la economía y la sociedad mundiales, dando pie a la aparición de formas mixtas. La interacción y la competencia de las sociedades nacionales en el contexto global también es un factor de innovación social, cultural y económico.

El análisis empírico de las *tendencias globales* muestra además que la globalización es un fenómeno multidimensional y no un proceso lineal que responda a un patrón uniforme. En los diversos campos que se investigan se observan ritmos, características y alcances muy diversos en los respectivos procesos de globalización. Y estos procesos afectan de manera muy diversa a diferentes países, grupos de actores, individuos y también empresas, pudiendo reaccionar éstos ante los procesos de globalización, influir activamente en ellos e intervenir en su configuración, aun cuando sus respectivos márgenes de acción varían.

Esta complejidad puede ejemplificarse en lo relativo al medio ambiente. Los problemas ambientales se caracterizan por complejos causales y alcances diversos, pudiendo distinguirse cinco tipos básicos: Primero: problemas ambientales globales, en el más amplio sentido, donde se trata de la protección de ecosistemas globales (*global commons*) (por ejemplo, la atmósfera, el clima, los océanos); segundo: problemas ambientales que surgen a raíz de la interdependencia de las *tendencias globales* (por ejemplo, la dinámica de crecimiento de la economía mundial, el consumo mundial de recursos, el desarrollo demográfico); tercero: contaminaciones ambientales transfronterizas (lluvia ácida, contaminación de cuerpos de agua, radiación nuclear a raíz de la catástrofe de Chernobyl); cuarto: fenómenos que constituyen una amenaza para la situación ambiental (como las megaciudades) y que si bien no se refuerzan directamente, sí plantean la conveniencia de cooperación y de procesos de aprendizaje internacionales para hacer frente a los retos; y en quinto lugar existen desde luego problemas ambientales localmente delimitados que surgen y se pueden combatir *in situ* (como contaminación de suelos y aguas locales).

Tampoco es correcta la idea de que los problemas ecológicos globales sólo pueden combatirse a nivel global, por lo que la política nacional sería inoperante. Tomemos el caso de la política en favor del clima: hay medidas para la protección del clima que requieren de una concertación internacional (por ejemplo, convenios de derecho internacional sobre los objetivos de la reducción de emisiones), y otras, respecto de las cuales la

coordinación internacional es conveniente pero no absolutamente necesaria (como los impuestos sobre el consumo de energéticos), y, más allá de lo anterior, quedan amplios márgenes para medidas que no requieren de ninguna concertación internacional (por ejemplo, aislamiento térmico de edificios, aprovechamiento del calor generado en procesos industriales, límites de velocidad para automóviles, etcétera).

El futuro del Estado y de la política

Los que consideran que la globalización es un mito creen que en lo sustancial nada cambiará, y más: no será necesario el cambio. Los Estados seguirán siendo los actores centrales de la política mundial y la soberanía nacional y la política orientada a la defensa de intereses seguirán constituyendo el meollo de la política mundial durante el próximo siglo. Las organizaciones multilaterales seguirán débiles y desprovistas de poder y la estabilidad del mundo y el manejo de las crisis internacionales seguirán dependiendo de las posibilidades de influencia de los EUA y de otras grandes potencias (Krasner, 1995). La estrategia seguida por los EUA en las conferencias mundiales de los años noventa así como en la reunión del Grupo de los 8 en Denver y en la Conferencia de Río + 5 en Nueva York, durante el verano de 1997, patentizan esta postura que se rehusa a tomar en cuenta las transformaciones fundamentales que se han operado en la arquitectura general del mundo.

Otros teóricos se remiten resignados a la "impotencia de la política" de cara a una economía mundial desenfrenada que desarrolla su dinámica propia. Así, por ejemplo, Claus Koch (1995) alude en el subtítulo de su libro *Voracidad del mercado* a la "Impotencia del Estado en la lucha de la economía mundial". Y Wolf Dieter Narr y Alexander Schubert (1994) pusieron a su libro *Economía mundial* el subtítulo "La miseria de la política".

El análisis de las *tendencias globales* y de las opciones políticas elaboradas en los diferentes sectores del mundo global sugieren, en cambio –al igual que los programas de acción de las conferencias mundiales de la década de los noventa (Messner/Nuscheler, 1996)–, que existen caminos para salir de la "Trampa de la globalización" (Martin/Schumann, 1996). La política no está incapacitada para actuar, pero deberá cambiar sustancialmente si se pretende cerrar la brecha entre la globalización y los problemas manifiestos del mundo, así como los alcances limitados de la política de los Estados nacionales para superar estos problemas con medios convencionales. Los Estados nacio-

nales seguirán siendo actores esenciales de la sociedad mundial en los tiempos futuros, pero dado que ya no pueden resolver por sí solos muchos problemas urgentes, deberán superar su pensamiento aislacionista, que se torna autodestructivo en un mundo interdependiente, y buscar nuevas posibilidades de acción, por su propio interés. Cuando los problemas se globalizan, se vuelve un imperativo la transformación de la política. El intento por hacer frente a los retos globales se llama *Global Governance*.

***Global Governance*. Un modelo para recuperar la capacidad de mando político en el mundo interdependiente**
La arquitectura de la *Global Governance*

A menudo el concepto de *Global Governance* se traduce simplemente como un mayor multilateralismo, es decir una mayor densidad de la cooperación en las organizaciones internacionales. El informe presentado en 1995 por la Comisión sobre *Global Governance* presidida por Ingvar Carlson plantea otra manera de ver la cuestión de la gobernabilidad y del futuro de la política en la sociedad mundial (Messner/Nuscheler, 1996). En primer lugar, *Global Governance* no quiere decir gobierno global. Un gobierno mundial no es una solución realista, ni sería deseable, ya que no estaría en condiciones de resolver problemas complejos ni tendría posibilidades de ganar una legitimación democrática. La visión de *Global Governance* corresponde más bien a la idea ya esbozada por Immanuel Kant, de una federación mundial de repúblicas independientes con un mínimo necesario de competencias estatales centrales, –acaso siguiendo el modelo de la Unión Europea (UE).

El concepto novedoso y determinante, y a la vez controvertido, que plantea la Comisión sobre *Global Governance* no reside tan sólo en el mayor grado de multilateralismo organizado a nivel estatal, sino más bien en un nuevo modelo de política, que implica la acción conjunta de actores estatales y no estatales desde el nivel local hasta el global. Se requiere de una transformación de la política para hacer frente a la globalización: *Global Governance* es la totalidad de los numerosos conductos a través de los cuales tanto los individuos como las instituciones públicas y privadas resuelven sus asuntos comunes. A nivel global, hasta ahora se había entendido por política internacional primordialmente el sistema de las relaciones entre los Estados, pero hoy en día hay que incluir las ONGs, los movimientos cívicos, las empresas transnacionales y el mercado financiero global. Con estos grupos e instituciones interactúan medios masivos de comunicación de carácter global, cuya influencia aumenta en forma dramática.

La Comisión subraya sobre todo la creciente importancia de actores no estatales —no sólo de empresas y consorcios de medios de comunicación que operan a nivel global, sino también de las ONGs que desde un buen tiempo para acá se han convertido en importantes interlocutores y “contra-expertos”, actores políticos no-estatales en las conferencias mundiales. Ellos representan el núcleo organizativo, aunque por ahora todavía modesto, de una sociedad civil internacional.

Por regla general, el sistema de Naciones Unidas se ubica en el centro de las concepciones estratégicas globales. Sin embargo, desde que se ha hecho cada vez más patente la limitada capacidad de la ONU para afrontar problemas globales, y dado que los Estados no están dispuestos a conferirle una mayor capacidad de acción ampliando su mandato y acrecentando sus fondos, “*international regimes*” se convirtieron en importantes elementos sectoriales de la arquitectura del *Global Governance*. En tales regímenes internacionales —como la Organización Mundial de Comercio (OMC) o el Contrato de Montreal para proteger la capa de ozono—, los Estados se comprometen mediante convenios a trabajar sobre problemas comunes, los así llamados “*global commons*”. Estos regímenes se definen acertadamente como elementos centrales de “*governance without government*” (Rosenau/Czempiel, 1992). Un sistema reformado de las Naciones Unidas podría constituir en el futuro el nivel de negociación y el marco institucional de los regímenes internacionales.

La arquitectura del *Global Governance* debe estructurarse con base en “núcleos regionales”, los cuales ya existen en forma incipiente en casi todas las regiones del mundo. La UE puede considerarse como un laboratorio avanzado para experimentar la capacidad de *Global Governance*. Sus Estados miembros ceden parte de su soberanía con el fin de alcanzar una mayor capacidad para resolver problemas a través de acciones conjuntas. No obstante, la UE también pone de manifiesto todos los problemas y las trampas potenciales inherentes al *Global Governance*, como burocratización, predominio de fuerzas hegemónicas y pérdida de identidades nacionales. Las resistencias contra la integración europea permiten inferir que *Global Governance* constituye un proyecto a largo plazo. Precisamente por eso es importante establecer las pautas oportunamente.

Estado de derecho global y ética mundial

Hay dos requisitos esenciales para el funcionamiento de *Global Governance*: en primer lugar, deben reforzarse las condiciones del estado de derecho a nivel global, como base del proceso de civilización y como soporte de la arquitectura de *Global Governance*.

Condiciones del estado de derecho significa “*good governance*” hacia el interior y vigencia del derecho de gentes en las relaciones internacionales. La Corte Internacional de La Haya adolece de una falla decisiva en su estructura actual: los Estados pueden someterse a sus resoluciones o no, sin temer alguna sanción. Cabe preguntarse por qué el reconocimiento de su jurisprudencia no podría convertirse en requisito para ser miembro de las Naciones Unidas. En segundo lugar, *Global Governance* requiere de una base de valores comunes, es decir de una ética mínima mundial. Las soluciones comunes para los problemas globales sólo pueden lograrse (como las sociedades nacionales) sobre la base de valores, principios, objetivos y concepciones de justicia universalmente reconocidos. Como se manifiesta en la controversia en torno a la universalidad de los derechos humanos, los conflictos de intereses dificultan el establecimiento de estándares mínimos de ética contenidos ya en la Carta de las Naciones Unidas y en las Convenciones de Derechos Humanos. No obstante, para el debate en torno a la globalización es importante que la cultura sea más que un mero fenómeno secundario, sino que, por el contrario, constituye, junto con la globalización de los municipios y del estado de derecho, la argamasa en la arquitectura del *Global Governance*.

Estado Nacional y *Global Governance*

Los Estados nacionales siguen siendo los protagonistas de la política internacional y conservan su imprescindible función de gozne entre los diferentes niveles de acción, pero ya dejaron de ser las instancias omnipotentes y omnicompetentes para la solución de los problemas. Sus papeles van cambiando. La soberanía compartida no los priva del monopolio del poder hacia el interior, pero les exige ceder soberanía hacia afuera, para hacer posible el manejo colectivo de los problemas mundiales.

En muchos campos de la política nacional el Estado debe colaborar con los grupos sociales a fin de definir estrategias comunes para la solución de los problemas. Tres formas de coordinación social identifican a las sociedades modernas: la coordinación a través del mercado, la configuración estatal de la política (conducción jerárquica) y patrones de redes —que se caracterizan por una organización horizontal autónoma y la convergencia de actores estatales intermediarios y privados—, se complementan recíprocamente. Surgen así los contornos de una sociedad estructurada en redes, en la cual también participan actores no estatales (por ejemplo, grupos sociales, representantes de las ciencias, organizaciones intermediarias y agrupaciones de empresarios) en la formación de

consensos y decisiones políticas (Lechner, 1997; Messner, 1997). Los modelos del Estado de planificación estatista "*Minimal State*" neoliberal son sustituidos por un Estado moderador, impulsor y activo que asume funciones de iniciador, orientador y supervisor, delega potenciales de mando del nivel nacional al regional y municipal, y concentra capacidades sociales de solución de problemas mediante nuevas formas de "*public private partnership*". Esta reorientación exime al Estado, por un lado, de tareas excesivas para él, y por el otro, precisamente por ello, refuerza su capacidad de conducción. Los límites evidentes de la capacidad de acción del Estado sólo pueden compensarse mediante la movilización de recursos sociales de solución de problemas. Y desde hace mucho se ha demostrado que los procedimientos de decisión encauzados desde abajo ("*bottom up*") son más eficientes que los métodos impuestos desde arriba ("*top down*") (Messner, 1997).

El Estado nacional, por consiguiente, seguirá teniendo la competencia para equilibrar los intereses, para la coordinación de los diferentes grupos de actores y entre los diversos niveles de acción de la arquitectura de *Global Governance* y, en última instancia, también para la toma de decisiones de autoridad y la instrumentación de resoluciones tomadas a nivel internacional. ¿Quién si no el Estado habría de conferirles legitimación? No obstante, el Estado nacional, como soporte del proyecto de *Global Governance*, pierde capacidad de acción si no se le provee de pilares adicionales y de un apuntalamiento en la economía y la sociedad a través de redes (*public - private parthership*). Por ello, su inserción en el sistema de las "soberanías compartidas" no implica renunciar a las posibilidades de conducción política, sino que constituye, por el contrario, una condición necesaria para ampliar la capacidad de conducción estatal y de la política en un mundo cada vez más interdependiente.

¿Bloqueos reales en la política mundial a causa de la competencia entre las naciones?

A pesar de los cada vez mayores conocimientos acerca de los nexos globales, parece que casi no se han tendido puentes desde el orden político del "mundo de los Estados" en dirección del *Global Governance*. Peter Opitz (1997: 51) señala incluso: "Cuanto más apremiante se manifiesta la demanda de *Global Governance*, tanto menos ocurre; y cuanto más insistentemente se reclama una responsabilidad global, tanto más enconada se vuelve la lucha global de todos contra todos". No obstante, se puede dar por cierto que sin *Global Governance*, sin la conformación de un nuevo modelo de política exterior y sin la

reorganización de la política en la arquitectura del *Global Governance* efectivamente amenaza con producirse la "lucha global de todos contra todos", un caos en las relaciones internacionales y la creciente incapacidad de acción de los Estados nacionales.

Un obstáculo radica en el hecho de que los países con mayor poder de acción en el mundo, sin los cuales resulta imposible una reordenación de la política mundial, no emprenden ningún esfuerzo por hacer frente a las nuevas realidades. Durante la cumbre del G8 y la Asamblea Extraordinaria de la ONU dedicada a la Conferencia de Río + 5, en verano de 1997, los EUA cultivaban más bien un pensamiento del pasado. Se presentaron con una pose hegemónica, como la única potencia mundial que subsiste y que puede seguir marcando el paso a los demás sin restricción alguna. Sin embargo, los tiempos del orden mundial unipolar hace mucho que han expirado. Incluso la superpotencia EUA necesita, en muchos campos de la política mundial, de otros actores. Japón, si bien es la potencia dominante en Asia en el aspecto económico, no asume hasta ahora un papel de líder en la política regional ni realiza esfuerzos importantes con miras a llevar a cabo la necesaria reestructuración internacional. La UE representa el proyecto de cooperación e integración regional más desarrollado; constituye un laboratorio de *Global Governance* y contribuye, a través de avances en la integración regional, a la innovación de la política en la sociedad mundial. Sin embargo, los países europeos están muy ocupados consigo mismos y con sus reformas estructurales internas, por lo que hasta ahora no han tomado ninguna iniciativa seria para la configuración política de la globalización más allá del horizonte de la UE. El conflicto de intereses entre Estados miembros de la UE, incluso, ha dado lugar a que perdiera el papel de marcapasos y precursor de la política global en materia de clima y energía. Las grandes potencias Rusia y China tampoco parecen aptas para ser protagonistas del *Global Governance*. Rusia se seguirá concentrando, en un futuro previsible, en sus reformas internas, y China, si bien se está convirtiendo en un importante *global player*, por lo visto se concibe a sí misma en el papel clásico de una (nueva) potencia mundial del viejo estilo.

Buenas razones para una reorientación en dirección al *Global Governance*

Hasta ahora, *Global Governance* es un proyecto sin protagonistas fuertes a nivel de los Estados nacionales. Muchos consideran que en vista de la competencia entre las naciones, son escasas las perspectivas de éxito para un proyecto de *Global Governance* basado en la cooperación y el equilibrio de intereses. Más bien, en el proceso de globalización se

daría el peligro de crear espirales descendentes que se reforzarían reciprocamente: una carrera universal de reducción de impuestos con las crisis fiscales consiguientes en los Estados; competencias de desregulación, *dumping* salarial, social y ambiental. No obstante, la no-intervención política en el proceso de globalización es una decisión política, una expresión de inercia intelectual, y no una ley natural, puesto que hay buenas razones para que de la multiplicación de los riesgos globales y la formación de una conciencia al respecto se deriven intereses comunes e iniciativas para afrontarlos. La comprensión de las *interdependencias* espaciales, temporales y causales crecientes y cada vez más densas en la sociedad universal, que dan lugar a dependencias recíprocas entre países, regiones y grupos de actores; de la *incalculabilidad del éxito o fracaso*, de los alcances limitados y los riesgos de estrategias unilateralmente enfocadas a la competencia y a la consecución de los intereses propios en la política y la economía; del *alto grado de inseguridad general* que se deriva para todos los actores involucrados de la dinámica propia de sistemas no controlados, como son los mercados financieros internacionales o el desarrollo tecnológico, puede promover un proyecto cooperativo de *Global Governance*. En el caso de los países más pobres y más débiles, la voluntad de cooperar puede estar motivada por la oportunidad de participar activamente en la configuración de la sociedad universal y de tener acceso a los recursos financieros e inmateriales de la comunidad internacional. Para los países y actores más ricos y con mayor poder de acción resulta conveniente la cooperación porque muchos problemas –como la cuestión del clima– no se pueden resolver sin el concurso de los países del Sur y del Este. Además, ellos también dependen de la cooperación para bloquear espirales descendentes de tipo global y procesos de *dumping*, así como para evitar una lucha de todos contra todos.

Por consiguiente, quienes están ajenos a la realidad no son los que insisten en más cooperación internacional y en la superación de una política estrechada por las miras de los Estados nacionales, sino más bien los defensores del *status quo*. La competencia entre naciones debe insertarse en un sistema de *Global Governance* basada en reciprocidad, orientaciones compartidas para la solución de problemas, equilibrio justo de los intereses y un canon sustentable de valores y normas sustanciales y de procedimiento como fundamento de estructuras institucionales estables para el manejo de conflictos, desde el nivel local hasta el global (Messner/Nuscheler, 1996; Messner, 1997).

Ciertamente existen desarrollos positivos y señeros:

A pesar de la globalización y de la competencia (inter)nacional por radicar empresas, en California se implementaron leyes ejemplares en materia ambiental, por ejemplo para las emisiones de contaminantes de automóviles. Este papel pionero no provocó que

se colapsaran las inversiones en este estado de la Unión Americana, sino por el contrario, dio pie a que fabricantes extranjeros y otros países se orientaran cada vez más según los estrictos estándares ambientales californianos. También los precursores de la política ambiental de la década de los noventa, como Dinamarca y los Países Bajos, así como los ambiciosos programas ambientales en Corea del Sur señalan en la dirección correcta.

La presión de la globalización en Latinoamérica y África dio lugar a serios esfuerzos de cooperación, después de que en el pasado, en el contexto de una industrialización cerrada, orientada exclusivamente hacia el mercado interno (Latinoamérica), y de estrategias de desarrollo de "*self reliance*" (África), todos los intentos de cooperación regional fracasaron debido a los intereses nacionalistas.

En la UE existe la oportunidad (con todo y los riesgos de un posible fracaso) de desarrollar un modelo de cooperación interestatal único en la historia mundial, y de superar los callejones sin salida de una política nacionalista.

Los EUA han ejercitado e internalizado a lo largo de las últimas décadas ante todo su papel como potencia hegemónica universal. ¿Qué habría que objetar, si Europa, ante el trasfondo de los traumas europeos de este siglo y a la luz de las experiencias de cooperación fatigosas, tenaces pero valiosas, los debates difíciles en busca de un equilibrio de intereses, los esfuerzos por establecer las bases de un futuro común y los procesos de aprendizaje en el seno de la UE, se planteara la meta ambiciosa de convertirse en el precursor de un proyecto sustentable de *Global Governance*? Los países miembros de la UE han tenido que aprender a lo largo de las décadas pasadas a corregir o superar mezquindades nacionales. En algunos campos, los enfoques europeos van sustituyendo gradualmente ciertos conflictos y estrecheces de miras nacionalistas. Las diferencias de intereses en gran medida se dan también al margen y más allá de lazos nacionales. Por consiguiente, Europa cuenta con buenas condiciones para llevar adelante la configuración de la globalización.

Bibliografía

- Altvater, Elmar/ Birgit Mahnkopf, 1996: *Die Grenzen der Globalisierung*, Münster.
- Commission on Global Governance (1995): *Our Global neighbourhood*, Oxford.
- Dolata, Ulrich, 1997: Das Phantom der Globalisierung, in: *Frankfurter Rundschau* vom 30.01.1997 (Dokumentation).
- Esser, Klaus (Hrsg) (1996) *Globaler Wettbewerb und nationaler Handlungsspielraum. Neue Anforderungen an Wirtschaft, Staat und Gesellschaft*, Köln.
- Koch, Claus, 1995: *Die Gier des Marktes. Die Ohnmacht des Staates im Kampf der Weltwirtschaft*, München/Wien.
- Krasner, S.D., 1995: Compromising Westphalia, in: *International Security*.
- Küng, Hans (1997): *Weltethos für Weltpolitik und Weltwirtschaft*, München/ Zürich.
- Lechner, Norbert (1997): "Tres formas de coordinación social", in *Revista de la CEPAL*, Nr. 61.
- Lepenies, Wolf, 1997: Selbstkritische Moderne oder das zwanzigste, das europäische Jahrhundert - am Ende, in: Christos M. Joachimides/ Norman Rosenthal (Hrsg): *Die Epoche der Moderne, Kunst im 20. Jahrhundert*, Berlin.
- Martin, Hans-Peter/ Harald Schumann (1996): *Die Globalisierungsfalle*, Reinbek.
- Messner, Dirk (1997): *The Network Society*, London.
- Messner, Dirk/ Franz Nuscheler (Hrsg) (1996): *Weltkonferenzen und Weltberichte*, Bonn.
- Narr, Wolf Dieter/ Alexander Schubert (1994): *Weltökonomie. Die Misere der Politik*, Frankfurt/ M.
- Ohmae, Kenichi, 1990: *The Borderless World*, London.
- Opitz, Peter J. (1997) *Der globale Marsch*, München.
- Rosenau, James N./ Ernst-Otto Czempiel (Hrsg) (1992): *Governance without Government*, New York.
- Senghaas, Dieter (1994) *Wohin driftet die Welt?*, Frankfurt/ M.
- Simonis, Udo Ernst (Hrsg) (1997): *Weltumweltpolitik*, Berlin.

COMENTARIOS

LIC. GILBERTO RINCÓN GALLARDO: Agradezco la excelente exposición del doctor Dirk Messner. Y ahora, para hacer los comentarios sobre esta ponencia, tiene la palabra el Doctor Luis Salazar, Presidente del Instituto de la Transición Democrática y miembro del Consejo del Centro de Estudios para la Reforma del Estado.

DOCTOR LUIS SALAZAR CARRIÓN*: Agradezco mucho a la Fundación Ebert y al Centro de Estudios para la Reforma del Estado la oportunidad de comentar de manera quizá muy simplista y esquemática, la compleja ponencia del doctor Dirk Messner sobre La Globalización y el Futuro de la Política.

Creo que podemos compartir con el doctor Messner que, estamos en una coyuntura que lo que pone en cuestión y que lo que hace urgente es reconsiderar qué podemos esperar hoy de la política en términos no sólo nacionales, sino transnacionales.

Creo que, en efecto, el fin de la Guerra Fría, de la bipolaridad, curiosamente generó esta sensación de triunfalismo en algunos sectores liberales occidentales; pero también generó rápidamente una cada vez más aguda angustia en torno a las posibilidades de futuro que abría esta enorme transformación de los marcos de referencia en los cuales, mal que bien, nos habíamos identificado las fuerzas políticas más o menos occidentalizadas. Al extremo de que podemos decir que el hundimiento del socialismo real provocó una crisis de identidad y de proyecto de la mayor parte de las fuerzas políticas en todo el mundo; una especie de incapacidad para reconocer los nuevos problemas, pero no sólo para reconocer los nuevos problemas, sino para asumir la magnitud de los recursos que estos problemas nuevos suponían para las organizaciones e instituciones políticas tradicionales.

Puede decirse incluso que, en este sentido, el fin de la Guerra Fría puso en crisis —como señala el doctor Messner— la propia noción fundacional del invento más importante de la política moderna, que son los Estados nacionales; es decir, el concepto de soberanía nacional.

Y, sin embargo, es curioso observar cómo esta conciencia de una crisis que pone en cuestión la esencia de la idea misma en la que se basan los Estados nacionales, parece

* Profesor titular de la UAM (Iztapalapa) y Doctor en Filosofía por la UNAM.

estar requiriendo enormes esfuerzos, ya no sólo para enfrentarla, sino para reconocer por parte de las más diversas fuerzas políticas que la era de la soberanía nacional, entendida al menos como poder de autodeterminación plena, se acabó. Y se acabó porque la nueva realidad económica mundial se sustenta en flujos financieros, en flujos demográficos, en flujos informáticos y yo diría que hasta en flujos criminales, que vuelven prácticamente imposible para cualquier Estado, yo diría que ni siquiera para el Estado norteamericano, ni siquiera para los Estados de la Comunidad Europea, la posibilidad de resolverlos con los viejos métodos y con los viejos recursos institucionales.

Es decir, de alguna manera esta idea de soberanía, entendida como la capacidad de un Estado para tomar decisiones sin condicionamientos vinculantes de fuerzas externas, es hoy efectivamente un mito. Un mito que cada vez que se pretende resucitar se convierte en razón de catástrofes, de crímenes, de violencias, de conflictos y de mayor atraso.

Y si esto provoca enormes problemas en la reestructuración de los Estados existentes en Europa o en los Estados Unidos, cuánto más provocará —esta sería un poco la dirección de mi comentario— en las sociedades subdesarrolladas, cuyo Estado en todo caso nunca logró esta soberanía plena, esta soberanía cabal, por muchas razones, que sin embargo hoy se han transformado. (Por cierto, creo que es hora de recuperar un concepto que quién sabe por qué se olvidó y se pretendió substituir con otros, pero que sigue siendo el concepto que explica en buena medida nuestra situación: el de subdesarrollo.)

Es decir, esta aspiración de los pueblos del llamado Tercer Mundo, o de la sociedades subdesarrolladas, de contar con un Estado con soberanía plena, yo creo que habría que empezar a señalar y a reconocer que en el nuevo mundo generado por esta situación de globalización, de transnacionalización y de poderes que no son controlables por ningún Estado, este ideal no tiene ya ningún sentido.

Pero esto me lleva a lo que podríamos decir que es la gran consecuencia que ha tenido toda esta evolución; lo que podríamos llamar también un fenómeno generalizado de la mala fama de la política. Todos sabemos que la mala fama de la política no es un fenómeno reciente; es decir, creo que desde Platón puede comentarse perfectamente que la política nunca ha sido precisamente una actividad celestial ni admirable en muchos aspectos.

Sin embargo, es obvio que hoy estamos ante un nuevo fenómeno que podríamos decir que no sólo está ligado a los vicios tradicionales de la política y de los políticos, sino a lo que se alude también en la ponencia, que es la impotencia de la política. Es decir, esta creciente restricción que las instituciones y organizaciones políticas tienen para influir realmente en los procesos sociales en curso.

Y creo que aquí estamos justamente ante el fenómeno que ha dado lugar a esta especie de inflación de los ideales adscritos a la sociedad civil: la creencia de que, dado que el Estado no puede y que los partidos tampoco, hay que apostar a algo tan ambiguo, tan abstracto y tan etéreo como la sociedad civil.

Sin embargo, me parece que esta vía de solución, aunque apunta un problema, parece incapaz de ir más allá de un juicio moral, de ir más allá de expresar malestar, de ir más allá de reconocer que algo ya no funciona más. Pero no parece ser capaz de proponernos alternativas reales dentro de los contextos globalizados del mundo del presente.

Por eso me parece muy importante lo que señala el doctor Messner acerca de que en todo caso y a pesar de que ya no pueda hablarse de aquí en adelante de soberanía plena, sino de soberanía compartida, en el mejor de los casos, cuando no de soberanía limitada o vulnerada, en otros muchos casos, es importante recalcar que, pese a todo, el Estado sigue siendo la condición *sine qua non* de cualquier incorporación venturosa en los procesos de globalización, y que el fortalecimiento del Estado como tal, es el requisito que va a determinar qué sociedades pueden y logran incluirse en los procesos positivamente, y qué sociedades se quedan excluidas, marginadas.

Porque a fin de cuentas, lo que ha aparecido también es que, de la fortaleza de los Estados depende la cualidad de las sociedades; la confiabilidad que pueden tener los diversos actores del mundo internacional en que esas sociedades merecen ser consideradas como sociedades confiables.

Pero —y aquí creo que efectivamente también la ponencia del doctor Messner apunta algo muy importante— no basta decir “hay que fortalecer al Estado”. Yo diría que ni siquiera basta —porque la idea es demasiado abstracta— con decir que hay que fortalecerlos democráticamente. Porque cuando se dice eso, me temo que se piensa generalmente en algo que sí es correcto, pero que es insuficiente, que es la idea de que debe haber más participación y más responsabilización de las instituciones estatales con relación a la sociedad civil y a la sociedad en general.

Pero creo que el punto importante de la ponencia del doctor Messner está en que la idea de fortalecimiento democrático del Estado y de la política tiene que pasar por la superación de la manera en que se entendió y practicó tradicionalmente la política. Esto es, creo que lo que está en juego es la superación de la política, entendida como continuación de la guerra por otros medios.

Y es aquí, quizá, donde está la dificultad más grande, la que efectivamente hace que no podamos ser optimistas fácilmente. Porque se trata, en efecto, de establecer que la política es competencia, pero también cooperación; es conflicto, pero también consenso;

que la política es posibilidad de acuerdos, a pesar de las diferencias y por las diferencias mismas. Pero esto ocurre justamente cuando los recursos que la política tiene para influir en los procesos sociales han disminuido vertiginosamente; cuando los Estados nacionales, por lo menos en los países del subdesarrollo, no sólo se ven obligados a restringir sus alternativas enormemente.

Y aquí hay una pregunta que quisiera hacerle al doctor Messner, porque él habla de que la soberanía compartida no significa que la soberanía interior se limite. No estoy muy seguro de entender bien esta idea; porque me temo que, cuando menos desde la perspectiva de nuestros Estados débiles, deformes, patrimonialistas, en mucho ineficientes, etcétera, es difícil pensar esta idea.

Es decir, es difícil pensar que esta transnacionalización, esta globalización, e incluso temas tan valiosos como, el de los derechos humanos —por poner el ejemplo más extremo—, o los asuntos ecológicos, no estén conduciendo sistemáticamente a poderes extranacionales, a pretender incidir y limitar la capacidad de autodeterminación nacional de nuestros Estados, y más allá incluso de, lo que sería válido. Me explico:

Todos sabemos cómo en Estados Unidos se han aprovechado ciertas políticas ambientales para chantajear sistemáticamente al gobierno mexicano; todos conocemos el método del chantaje norteamericano a partir de los derechos humanos. Por supuesto, no hay que ser maniqueos y decir: “Bueno, lo que pasa es que los imperialistas siempre serán los mismo, y hay que combatir al imperialismo”. Esto ya no funciona. Pero también sería, creo, demasiado ingenuo pensar que las ONG’s o los poderes internacionales actúan inocente y celestialmente sólo en búsqueda de buenos propósitos.

Lamentablemente, todavía creo que va a pesar mucho la utilización hegemónica de las buenas causas; la utilización manipuladora y chantajista de los buenos propósitos. Lo cual, creo yo, complica enormemente, para nosotros, seguir el ejemplo sin duda importante, fundamental, de la Comunidad Europea.

Creo que es un ejemplo y un laboratorio —como se ha señalado— que debemos investigar, que debemos examinar, del que debemos aprender. Pero también es un ejemplo de lo que estamos muy distantes de poder realizar, por muchas razones: por la desigualdad de nuestras relaciones, por la asimetría de nuestras relaciones con las potencias, lo cual provoca que, si bien no podamos aspirar —insisto en este punto— a la soberanía plena, si tengamos que plantearnos el problema de un fortalecimiento de la soberanía interna como condición de posibilidad —no digo que primero esto y después lo otro— de que nuestros acuerdos, de que nuestras integraciones, no signifiquen —como han seguido significando— costos demasiado grandes para las sociedades atrasadas.

Esto me lleva a un segundo problema de la ponencia. El doctor Messner habla de la importancia de que los Estados entiendan que al interior también tienen que hacer una nueva modalidad de política: una política sustentada en acuerdos con ONG's, empresas, sindicatos, etcétera. Una política, entonces, que ya no puede seguir siendo pensada como imposición desde arriba sobre una sociedad pasiva.

Y, sin embargo, a mí me dejó un poco preocupado la ausencia, dentro de este planteamiento, del problema central de la democracia, que son los partidos políticos, donde efectivamente uno podría decir que también tiene que ponerse en juego esta superación de la idea tradicional de la política como guerra, hacia una idea de la política como acuerdo, consenso, dentro de las diferencias y en el pluralismo y en la competencia.

Digo esto porque justo quizás estamos viviendo el triunfo de la democracia, pero el triunfo de la democracia por *de fault*. Me explico:

No tanto porque en nuestra experiencia de sociedades subdesarrolladas haya mostrado su capacidad para resolver los problemas crecientes que aquejan a nuestras sociedades, sino debido fundamentalmente a lo que bobbianamente —a la manera de Bobbio— llamaría “las promesas incumplidas de los autoritarismos”. Fue el fracaso de los autoritarismos lo que dio el triunfo a las democracias. Pero a democracias escindidas, a democracias polarizadas, a democracias sin el fundamento institucional de Estados consolidados, a democracias sin la tradición del imperio de la ley; a democracias, entonces, que básicamente se sostienen sobre la ausencia de alternativas a las democracias.

Creo que esto ha sido un gran paso adelante. Pero habría que reconocer, quizá, que para que este paso no dé lugar a nuevas crisis y a nuevos ciclos de violencia y descomposición, es necesario reconocer que estas democracias requieren algo más que el mero cumplimiento formal, aparente, de las reglas formales de la democracia pluralista.

Y con esto quisiera llegar a un último comentario sobre la ponencia del doctor Messner:

El triunfo del mercado, de la globalización, de los flujos transnacionales económicos, democráticos, informáticos, creo que puede verse también —hay que decirlo con cuidado— como el triunfo de los procesos, sin sujeto; de los procesos de mano invisible —para decirlo al estilo de los economistas—, de los procesos espontáneos.

El triunfo de esos procesos sobre el gran proyecto —hoy nos puede parecer terrible, pero fue un gran proyecto— de procesos dirigidos, de procesos planificados, de procesos organizados deliberada y voluntariamente.

Diría yo que, por eso, de alguna manera lo que este triunfo de los procesos de mano invisible puso en evidencia fue que los proyectos, cuando pretenden ser totales,

acaban siendo totalitarios. Y que eso supone cancelar libertades, cancelar oportunidades y cancelar la vida misma de las sociedades.

Pero quizás estemos a tiempo para empezar a reflexionar si no hace falta recuperar una noción ya no tan presuntuosa de proyecto, pero una noción de proyecto como condición de posibilidad de reformular la política a nivel de la capacidad para enfrentar los problemas globales del mundo: la idea de proyecto nacional.

Yo entiendo que en estas épocas en que el pluralismo está tan de moda y en que celebramos que al parecer por fin estamos arribando a un sistema pluralista competitivo, pueda sonar extraño que intente rescatar una noción que parece estar ligada a las viejas épocas de los partidos casi únicos o sus semejantes.

Pero me pregunto si no será necesario —sobre todo en las condiciones de Estados atrasados, rezagados, deformados, con economías vulnerables y débiles— recuperar mínimamente la idea de un proyecto plural; pero de un proyecto que devuelva a la política su capacidad, no sólo de distribuir costos, sino de crear sentido y horizonte para un futuro deseable y viable; y que permita que la competencia pluralista política no se convierta en razón de ser de la vulnerabilidad, de la ya de por sí débil soberanía de los Estados nacionales, y de proyecto, otra vez, como condición de lo que podríamos llamar una especie de racionalización de la política contemporánea.

Me parece que sin esta condición de recuperar el futuro como dimensión, no necesariamente amenazadora de la existencia social, la mala fama de la política hará que los proyectos tan importantes como el de *Global Governance* y otros, carezcan de los actores capaces de establecer los compromisos necesarios mínimos y los acuerdos que permitan que ya, en todo caso, la modernización económica deje de ser proyecto de pequeños grupos aislados que, a contrapelo de la sociedad y creando enormes costos para la misma, intentan implantar modelos que quizá incluso sean, desde el punto de vista económico, intachables, pero que carecen de lo que necesariamente seguirá siendo básico para que nuestra integración en los procesos de globalización tengan sentido. Es decir, que carecen del consenso suficiente para volverse programas autosostenidos de crecimiento y de solución de los rezagos de nuestros países.

Con esto termino. Gracias.

LIC. GILBERTO RINCÓN GALLARDO: Muchas gracias al doctor Luis Salazar por sus brillantes comentarios. Y ahora con la brevedad que nos exige la caída de la noche, yo les pediría, si ustedes lo desean y quienes deseen, hacer sus preguntas o comentarios.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

C. RAÚL CAMACHO: Buenas noches. Yo quisiera hacerle brevemente tres preguntas al doctor, con respecto al tema que nos ha expuesto. Una de ellas: yo quisiera saber su opinión respecto a qué parte de la solución a esta globalización sea el grado de desarrollo al federalismo, principalmente para México. Segundo, el tiempo de respuesta ante decisiones que nos afectan globalmente y que tenemos por costumbre tardar años en retomar o en corregir los caminos. Por ejemplo, un modelo neoliberal que a casi catorce años ha demostrado una caída tremenda en el bienestar familiar, debido a malas políticas de servicio a la deuda, de sustitución de importaciones, como hizo usted mención. Y el tercer aspecto, que creo es fundamental: globalización, siempre y cuando exista un equilibrio de fuerzas entre los países que están acordando. ¿Qué opina usted de una globalización, por ejemplo, entre países subdesarrollados, para acordar a su vez con una Alemania, por ejemplo, o con un Japón, y no un acuerdo de un país subdesarrollado, con países en donde la falta de equilibrio nos lleve a soportar —como dijo el profesor Salazar— decisiones que en un momento dado se ven afectados los poderosos, pues dicen que apalearon a unos delfines y nos cierran las fronteras para el atún, o que se enfermaron del estómago algunas personas en un restaurante y nos cierran las fronteras para nuestras verduras, etcétera? Muchas gracias.

C. MARIO MORALES MORA: Escuché con atención su ponencia y quisiera hacerle las siguientes preguntas: El planteamiento de los Gobiernos Globales o *Global Governance*, supondría ciertamente la pérdida de cierto grado de soberanía. Aquí en México hace algún tiempo se escribió un libro que se titula *¿Qué hacemos con los pobres?* Digo esto porque a partir de ahí me surge la pregunta: ¿qué harían los Estados nacionales con los ejércitos, frente a ese planteamiento, si consideramos que los Ejércitos nacionales son los encargados de formular las teorías de seguridad nacional de cada uno de los países? Eso a mí me parece muy importante, porque esto de *Global Governance* justamente corre paralelo con otro proyecto, que entiendo yo, desde hace ya algún tiempo se ha estado promoviendo en Estados Unidos para toda la unificación de América Latina, en base a cambiar la formulación de sus políticas de seguridad nacional desde sus ejércitos, e integrar una nueva política de seguridad nacional interamericana exclusivamente y, claro, coordinada por el Pentágono en Estados Unidos. Parece que ellos sí tienen una

respuesta de qué se haría con los ejércitos, que es la de que los ejércitos pasarían a ser un modelo que le llaman de estabilización interior, es decir, una especie de gendarmes de los Estados nacionales. Esa es una pregunta.

La otra pregunta que me surge es algo que decía el ex canciller de Alemania a principios de los noventa, Helmut Smith. Él decía que había estado en alguna ocasión, en los ochenta, platicando con Gorbachov, cuando estaban haciendo la Perestroika, y que él le decía que pensaban abrir la Unión Soviética al mercado, globalizarse y, de esta manera, crear un gran cambio mundial. Y para esto, el gran asesor en materia de comercio y apertura comercial mundial era un señor de apellido Shakilla, quien a las preguntas de Helmut Smith sobre qué harían para la apertura de la Unión Soviética dijo que “abrirse al mercado mundial y que les bastarían 500 días”. Aquí en México, nosotros intentamos algo parecido, y alguien también creyó que en 500 días lo lograríamos. Sin embargo, las realidades son muy patentes.

Esto condujo a que se acelerara la reunificación de Alemania, aquel proceso, y esto trajo como consecuencia que Alemania gastase grandes recursos económicos para apoyar a la otra Alemania, la Alemania del Este. Y ya desde ahí Smith calculaba que en los próximos diez años Alemania tendría que ser una gran potencia, pero que tendría un grave problema, que sería la fortaleza del marco, y para esto, para no tener que jalar a toda la Comunidad Europea a Alemania, tendría que crear una moneda única este grupo europeo.

Hasta este momento entiendo yo que no se ha logrado crear esa moneda única de la Comunidad Europea, y esto crea grandes problemas para este proyecto que usted nos acaba de decir, y que sería la perspectiva europea. Pero peor todavía para nosotros los países latinoamericanos, porque si así fuera, efectivamente ya no hay tantas ideologías, pero sí estamos nuevamente como el jamón de la torta.

Mi pregunta es: ¿qué alternativas pueden existir en medio de estas dos grandes evoluciones políticas y económicas? Sí, efectivamente, por supuesto, en su ponencia también se ve que hay otra institución que ya se pasa al olvido, que son en este caso los partidos políticos, quizás porque ya no hay ideologías, aparentemente. Gracias.

C. RICARDO VALERO: Muchas gracias. Bueno, yo creo que tenemos un doble problema: el que señalaba el Director del Centro hace un momento, de lo avanzado de la noche, pero también la amplitud, la vastedad de un tema como el que escuchamos hace un momento, en una exposición brillante sobre una serie de cuestiones sumamente complejas, pero que nos invitan a muchas reflexiones; y seguramente si dispusiéramos de más tiempo haríamos algo similar a lo que el doctor Messner nos dijo que venía de hacer: un semina-

rio de varios días alrededor de un tema. Creo que lo ameritaría, sin embargo no es esa la posibilidad, la situación que tenemos.

Yo me voy a concretar de ese vasto panorama que nos presentó, a extraer o a subrayar tres cuestiones, que en realidad yo creo que es una sola en tres vertientes:

La primera: no es un problema nada más de vasos comunicantes, quizá de sistemas, que va más allá y apenas en el primer momento, en la primera parte de la exposición, doctor, usted lo planteó: hay una cuestión que debe esclarecerse previamente en relación con el concepto, la categoría, la noción, la idea de la globalidad.

Ocurre desde luego que hay una globalidad en curso: los procesos, los fenómenos, las tendencias, las líneas, son relativamente claras, sobre eso no habría mayor discusión, en donde están; pero importa, para la segunda parte, saber si existen caminos diversos o alternativos, sobre todo tomando en consideración las consecuencias. Inclusive para los núcleos, tenemos dudas después de todo esto, de seguir llevando a los Estados como espacios naturales, aun en los núcleos en donde ha sido menos desfavorable la tendencia de la globalización.

Por decirlo en una palabra o en una imagen que corrió por Europa. Por ejemplo, aun la globalización en las zonas, regiones, mayormente favorecidas o beneficiadas por la globalización y por sus distintos componentes, ha provocado un horror en las propias sociedades, un horror que empieza por lo económico.

Entonces: ¿hay alternativas? -antes de pasar al siguiente tema de la gobernabilidad o la gobernanza de tipo mundial-. ¿Hay otro sistema, otra globalidad, o la que actualmente está en curso es la única posible?, y habría que determinar cuáles son entonces los límites y qué características tiene. Esa es la primera cuestión.

La segunda, muy relacionada, también partiría de la necesidad de esclarecimiento. Por globalidad y aun identificando los fenómenos en los que se apoya o se asienta, se le atribuyen muchas cuestiones que no necesariamente son globales, por decirlo así.

¿Cuánto abarca, por ejemplo, la existencia de un mercado realmente global y hasta dónde abarca, qué alcanza? ¿Es global? ¿Hasta dónde es global? ¿O tiene una serie de componentes?

A lo mejor hay un segmento que corresponde a lo mundial, a lo global, pero hay otros que corresponden a categorías intermedias, regionales y aún es una cadena muy larga, que inclusive está en duda si la globalización -por lo menos la globalización que actualmente está en proceso- no produce también fenómenos, paradójicamente, contrarios a la integración, sino que también resulta en desintegraciones y en fragmentaciones, pero como parte del mismo proceso.

Entonces, habría que establecer categorías para saber, bien a bien, de qué estamos hablando al referirnos a la globalidad.

Y, finalmente, ¿cuáles son fenómenos globales, cuáles no y qué alcance tienen, y, además, quién define cuáles son los fenómenos globales?

Es decir, hay una agenda internacional, la que se discute en las Naciones Unidas. Por cierto, las discusiones de las Naciones Unidas deberían ser no nada más si se abre el Consejo de Seguridad, por ejemplo, a dos países más, etcétera; ni siquiera la composición del Consejo de Seguridad, sino exigiría un replanteamiento integral de una sociedad que es ya radicalmente distinta, o muy distinta, de la de 1945, que nos conduzca al siglo por venir y ya muy inmediato, a una realidad internacional diferente, que se base en otras categorías: en la categoría, por ejemplo, de la cooperación misma, si eso va a ser el centro de un reordenamiento de carácter internacional y en todos los campos, y que nos conduce a eso.

Los temas se pueden convenir y podemos estar de acuerdo. Hay los nuevos temas internacionales. Lo que ocurre es que esos nuevos temas internacionales: narcotráfico, protección del medio ambiente, la democracia o los derechos humanos inclusive —en primer lugar—, hay perspectivas distintas para visualizarlos, a pesar de la globalización. No se pueden ver igual ninguno de estos temas, aunque habría una franja común, desde Dinamarca o desde cualquiera de los quince países europeos, a como los vemos en América Latina, brasileños, mexicanos, ecuatorianos, los guatemaltecos, los que sean, aunque sea el mismo tema.

Sin embargo, el problema es que se impone el criterio, para esos temas, de los países que pueden no solamente determinar la agenda, sino además el enfoque para abordarla. Pero la segunda cuestión es cuántos temas están dejándose de lado en ese proceso de reconstrucción, en función de la nueva agenda internacional. Si se nos preguntara cuál de ellos para nosotros sería prioritario, podríamos decir que coincidimos en la lista completa ya propuesta; pero a la mejor tenemos alguna preferencia o urgencias mayores, por ejemplo el de la cooperación tecnológica, económica, etcétera; y, en función de eso, plantearíamos esa reformulación del orden internacional y el nuevo enfoque para atender esos fenómenos comunes de la globalización. Muchas gracias.

PREGUNTA: Buenas noches. Bueno, tenía yo un conjunto de preguntas; seguramente voy a reprimirme y voy a hacerle un par de ellas, muy concretas, con la idea de que se pueda acordar de ellas y, eventualmente, platicar un rato acerca de lo que le estoy comentando.

La primera pregunta, doctor, es: ¿se ha puesto a pensar qué opinión tiene acerca del momento en que Brasil, India y China formen parte de este proceso de globalización?

Por ejemplo, China no va a dejar de industrializarse por atender los requerimientos del medio ambiente. Es una opinión, no sé qué piense usted. Quizá la globalización en la que estemos pensando hoy, sea distinta a aquella que tenga lugar en los momentos en que esos países formen parte —si es que forman parte— de ese gran proceso.

Y la segunda pregunta, muy específica, es: ¿qué impresión le causa el hecho de que usted nos viene a hablar de Gobiernos globales, o Gobierno global, y nosotros hablamos de proyecto nacional?

En otras palabras, yo creo que ustedes pueden hablar de *Global Governance* en Europa porque han pasado por un proyecto nacional. Nosotros estamos como ustedes en un proceso de globalización, de la misma manera, con características distintas, pero estamos viviendo el mismo tiempo histórico; con la diferencia de que nosotros no tenemos proyecto nacional, no tenemos redes, esas redes de las que habló usted, que —tal como las entendí— son producto de las historias regionales, de las formas de construcción del capitalismo alrededor de ciudades, de universidades, de empresas, de sociedades específicas, etcétera. Gracias.

DR. DIRK MESSNER: Muy bien. Voy a contestar las preguntas que a mí me parecen centrales para las cuestiones que estamos discutiendo.

Primero surgió la cuestión de ¿qué tiene que ver el proceso de globalización con procesos o modelos políticos? ¿Hay relación entre procesos de globalización, por un lado, y sistemas federales por otro? ¿Qué tiene que ver uno con el otro?

Yo tengo la impresión, es mi observación, de que estamos en una fase histórica bien interesante, porque hasta ahora hablan sobre política. Siempre estuvimos en un proceso de centralización; quiere decir: de las familias, a los pueblos, a las regiones, después el Estado nacional, que es un constructor del siglo xviii en Europa; un proceso relativamente muy creciente incluso, y después la globalización.

Lo que no pasa es que este proceso de centralización sigue siendo igual como antes, sino que lo que se puede observar es que, por un lado, empíricamente se puede mostrar que los países que tienen un sistema estable federal, descentralizado, pueden manejar mejor todos los desafíos de la globalización, que los Estados céntricos, jerárquicos. Primera observación.

Segunda observación: si uno analiza dónde se hace la política y cómo se hace la política. La política, observando, por ejemplo, los procesos de políticas ambientales, se hace a nivel local, porque ahí sí hay que resolver los problemas que están en las comunidades: se hace a nivel regional, dentro de los países, porque ahí ya existen capacidades mejores para coordinar las actividades a nivel local. Se hace la política ambiental, por supuesto, también a nivel

nacional, y más arriba vienen las regiones como NAFTA, como la Comunidad Europea, como el Mercosur y otros proyectos e instituciones o *International Regimes* Multilaterales.

Quiere decir que si hablamos hoy sobre política, tenemos que observar y analizar como centristas todos esos niveles; y a todos esos niveles se mueve actualmente. Y todavía no tenemos muy claro cuáles son los patrones viables del futuro de cómo hacer política en los diferentes ámbitos: en la política económica, en la política ambiental.

Es interesante eso, porque tenemos muchas agendas políticas, pero no tenemos bien claro cómo y dónde las instituciones y a qué nivel en esa arquitectura de *Global Governance* se pueden resolver los problemas. *Polety* decimos nosotros, como científicos sociales.

Hablamos mucho sobre *polety*, sabemos mucho sobre *polety*, pero no entendemos muy bien todavía el funcionamiento del *polety* de las instituciones a esos diferentes niveles. Es la primera asociación que me surgió.

Usted dijo que quizás estamos confrontados con el problema de que los procesos de globalización están asegurándose y las respuestas vienen tarde, respuestas tardías dijo.

Estoy totalmente de acuerdo, pero así funciona la política; digamos, no hay salida. Por supuesto, hay sociedades que aprenden más rápido que otras, pero ese problema de la respuesta perdida no es un problema de países poco desarrollados, no lo veo. Voy a darle algunos ejemplos:

Primero, en Europa estamos confrontados con el problema de que hasta ahora siempre fuimos los ganadores dentro del proceso de la globalización; ahora estamos en una situación de ajuste y nos cuesta entender los ajustes. Por eso empecé con la ponencia sobre los problemas que tenemos nosotros como europeos con el proceso de la globalización. Nos cuesta percibir que ahora en otras regiones del mundo se aprende más rápido que en Europa. Y, además, para ajustarse tenemos que cambiar la institucionalidad de nuestro país, y eso tarda, eso cuesta su tiempo.

Como en América Latina, en los años ochenta, yo no interpreto esa época, -esa década como se dice muchas veces-, como una década perdida, sino como una década de procesos de aprendizaje. En ese bloqueo de los ochenta, algunos querían modernizar el viejo modelo económico socio-político, y los otros querían una apertura. Esos procesos duran tiempo en todo el mundo, tanto en América Latina como en Europa. Y ahora en Europa estamos en esa fase con un poco de bloqueos.

Global Governance como pérdida de soberanía, *Global Governance* como proyecto que conduce a la pérdida de soberanía. Yo lo interpreto más bien al revés: mi percepción es que por el desarrollo de esos problemas globales mundiales, la soberanía ya es

una cosa erosionada. Porque esos problemas globales de los Estados nacionales, no los pueden resolver solos. El concepto de soberanía ya es un concepto ficticio.

Por lo tanto, el concepto del *Global Governance* trata más bien de recuperar campos de acción para la política. Lo que perdemos de soberanía a nivel nacional, deberíamos resolverlo a través de proyectos de cooperación. Y no digo que es fácil. Europa sabe, yo sé que es un proyecto que dura mucho tiempo, que sea largo, pero no hay alternativa. Quiere decir que la soberanía absoluta ya es un concepto obsoleto.

Por lo tanto, hay que ver cómo, a través de esos proyectos de cooperación entre Estados y a niveles multilaterales, con vínculos por supuesto con los Estados nacionales, se puede recuperar la política. No soy tan pesimista como usted. Si eso no se da, la política va a perder más terreno todavía. Y si es un efecto en países desarrollados económica y políticamente por las instituciones, como en Alemania, entonces, nos hemos dado cuenta que ni con el marco, que fue tan fuerte, vamos a competir en los mercados financieros con el yen y con el dólar, y, por lo tanto, buscamos otras salidas. Por un lado es una pérdida de soberanía y, por otro lado, es un intento de ganar espacio para la política.

Bueno. ¿Qué hacemos con los pobres, qué hacemos con proyectos nacionales en América Latina? El comentario de alguien de ustedes hablando sobre esas redes y sobre *Global Governance* se puede discutir quizás en Europa, quizás en los Estados Unidos, ¿pero en América Latina cómo? Un poco así entendí la inquietud y la entiendo perfectamente.

Pero les digo: en eso no soy pesimista. Yo trabajo mucho en Asia, en esos países industrializados, y si uno ve cómo esas naciones en un lapso de veinte a treinta años podían construir economías productivas, dinámicas, innovadoras, en el contexto de la economía global, pero no basados en proyectos neoliberales, sino en políticas mucho más pragmáticas.

El Estado ahí sí sigue teniendo un papel muy importante. Es el Estado, en cooperación con el empresariado, quien crea ventajas competitivas dinámicas. Quiero decir que eso no es nada neoliberal, es otro proyecto; pero muestra —aunque no digo que es fácil, ni que es necesario— que los países pueden también, en el contexto de la economía mundial, ir hacia arriba.

Esos países lo muestran. Al principio eran dos, tres, cuatro, y ahora ya son siete, ocho. Es un proceso dinámico y hay que aprender de eso. Y hay que aprender también de eso respecto a la política social. Me parece importante, porque la pregunta era ¿qué hacemos con los pobres?

¿Qué pasó en los países semi-industrializados de Asia, en pleno proceso de apertura y de inserción en la economía internacional? La equidad social en esos países —hablando ahora sobre la primera generación de ellos— es comparable con la equidad social y la

distribución de los ingresos de Europa Occidental. ¿Por qué? Por políticas sociales fuertes, por inversiones en educación básica fuertes, por inversiones en el desarrollo rural fuertes. Y funcionó.

Y ahora, en la segunda generación de los países asiáticos semi-industrializados: Tailandia, Malasia, etcétera, ocurre lo mismo, con todos los problemas que hay, pues yo no digo que apertura y modernización es fácil, como tampoco en Europa apertura y modernización era fácil. La modernización implica siempre la destrucción de estructuras ya existentes.

Pero también en esa segunda generación de los países asiáticos, los estratos más débiles de la población siguen aumentando respecto a la distribución de los ingresos, incluso relativamente, en comparación con los estratos más altos. Hay que estudiar esos casos.

Y ahora voy al próximo punto: apertura económica. Tenemos tantos problemas en América Latina, ¿cómo meternos en lo internacional?

Yo estuve hace tres semanas en Argentina y Uruguay, trabajando con colegas en un proyecto de investigación, y hablábamos un poco sobre esos temas también: ¿cómo aprender experiencias internacionales ya existentes? Ellos me dijeron: "Si usted habla con los empresarios y políticos uruguayos, preguntándoles ahora en ese proceso de apertura, ¿de quién aprenden en ese proceso de apertura?" Me explicaron, me comentaron los uruguayos, los empresarios y los políticos, que me iban a contestar: "Bueno, de Argentina", y los argentinos nos van a decir: "Bueno, de Brasil" Yo no sé si eso es cierto. Era un comentario de unos colegas uruguayos y argentinos. Pero si fuera así, lo que se podría aprender de esos países asiáticos, es que no sólo se abrieron selectivamente hacia los mercados internacionales, sino que desde el principio organizaron un proceso de aprendizaje monitoreando otras experiencias en todas las regiones del mundo. Los coreanos no sólo hoy, sino que desde hace tres décadas ya, están en todo el mundo aprendiendo cómo se solucionan problemas.

Quiere decir que el proceso de apertura económica en esos países asiáticos va acompañando también de esos intentos de organizar procesos de aprendizaje, observando las experiencias exitosas en el mundo.

Y creo que incluso nosotros los europeos deberíamos aprender de eso.

Ahora, el concepto de la globalización. Hay diferentes, no todo es global. Si hablamos sobre la economía internacional, lo que hace la diferencia es que hoy en día la economía mundial es el punto de referencia para todas las economías. Y eso hace una gran diferencia en comparación con las economías cerradas de América Latina hasta hace muy poco tiempo.

Tampoco en Alemania todos los sectores están directamente vinculados con el mercado internacional; pero como están en cadena los servicios, por ejemplo, que nor-

malmente no están bajo una competencia tan fuerte como las empresas fabriles; pero como ellos en los servicios forman cadenas con las empresas industriales, así también están dentro del marco de la competencia internacional.

Quiere decir que no todos los sectores están dentro de la economía mundial; no todos los sectores tienen que exportar. Esa es una visión falsa. Pero sí, el marco de referencia de las economías de hoy, es la economía internacional.

Yo estuve en Perú el año pasado trabajando con el Ministerio de Industrias sobre los sectores informales. Están amenazados los sectores informales de textil, de ropa, de calzado, etcétera, por importaciones de los países asiáticos. Incluso esos sectores económicos más lejanos de las industrias modernas o semimodernas del Perú están dentro del marco de la economía mundial.

Por lo tanto, respecto a la economía internacional y sobre todo pensando en los mercados financieros internacionales, yo diría que vivimos en una economía de mercado global: el movimiento de los intereses del dólar nos afecta a todos; las consecuencias de la moneda única de la Comunidad Europea que vamos a crear en 1999 y su desarrollo, nos va a afectar a todos.

En otras dimensiones de la globalización, hay otros conceptos de la globalización. Y usted dijo que hay otros conceptos, ¿cómo resolver los problemas? Perfecto, me parece muy bien. Además, creo que necesitamos esa variedad y percepciones de los problemas para resolverlos. Pero creo que de este lado de las ciencias políticas pudimos definir bien las áreas en las cuales los temas son globales, en el sentido de que un Estado solo no puede resolverlos.

Si es así, hay que intentar cómo repensar la política de una o de otra forma. Y si es así, ustedes, los países latinoamericanos, deberían participar en ese proceso de la construcción de un nuevo sistema de políticas internacionales.

Alguien dice: "Bueno, primero hay que construir el proyecto nacional". Yo creo que sin Estados nacionales eficientes y sin sistemas políticos eficientes, no van a jugar un gran papel en esas políticas internacionales nuevas. Pero los otros deberían integrarse rápidamente, porque alguien dijo: "¿Quién pone en la mesa la agenda?" Bueno, primero los poderosos, por supuesto; pero después, probablemente los que empiezan a participar en ese juego. Y los países no tan poderosos tienen que organizarse en proyectos regionales. No hay otra salida. Y no hay otra salida, porque la economía y la sociedad mundial se organizan en bloques regionales. Los países que no participan en eso, no van a tener ninguna oportunidad de participar en ese proceso de la reestructuración de la política internacional.

Yo trabajo mucho en Chile, y ahí, hasta hace tres o cuatro años, muchos empresarios y también científicos pensaron que “bueno, las cosas acá andan tan bien, con ese crecimiento tan alto, que ¿por qué y para qué participar en el MERCOSUR?” Pero se dieron cuenta —y tienen toda la razón del mundo— de que Estados nacionales aislados en la economía global, con la competencia como es y con esos problemas globales que están en la mesa, Estados nacionales y sociedades nacionales van a perderse.

Y surgió la pregunta de cuáles son los bloques regionales más eficientes del futuro. Hay tres diferentes tipos: tenemos bloques regionales formados por países industrializados, hasta ahora la Comunidad Europea. Tenemos bloques regionales formados por países industrializados y semi-industrializados, NAFTA por ejemplo. Y otros más bien informales en Asia. Y tenemos el MERCOSUR, un proyecto de naciones y economías en vías de desarrollo.

Y yo no me atrevo a decir cuáles serán los más exitosos en el futuro, porque yo no sé cómo se va a desarrollar el MERCOSUR. Yo no hubiera pensado probablemente en los años setenta, que en el año 1997 los países asiáticos, que en ese entonces estaban mucho más abajo que Argentina, que México, que muchos países latinoamericanos, iban a estar en esa situación económica y política donde se encuentran.

Por lo tanto, yo no hago ningún pronóstico. Pero sí creo que la única forma, incluso de salvar la soberanía nacional, es asociarse a bloques regionales. Si no, uno pierde la soberanía nacional, por los procesos automáticos de la globalización, por un lado, y, además, no se abren los espacios de la política regional dentro de los grupos de naciones que tratan de resolver los problemas de la globalización a un nivel más alto.

Eso sería todo de mi parte. Gracias.

LIC. GILBERTO RINCÓN GALLARDO: Agradecemos en todo lo que vale las intervenciones del Director Académico del Instituto para el Desarrollo de la Paz, el doctor Dirk Messner.

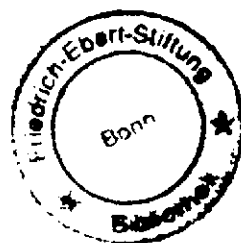
Agradecemos mucho la presencia del excelentísimo Embajador de Alemania; gracias a nuestro amigo Ekart Wild, representante en México de la Fundación Friedrich Ebert; muchas gracias a Luis Salazar por su valiosa, como siempre, participación.

Y muchas gracias a todos ustedes que nos acompañaron, entre quienes se encuentran funcionarios de las embajadas de Francia, Panamá, Venezuela, Estados Unidos, Costa Rica, Cuba y Bolivia; de la Presidencia, de la Secretaría de Gobernación, de la Secretaría de Hacienda y Partidos Políticos, así como miembros de la empresa y académicos.

LA GLOBALIZACIÓN Y EL *f*UTURO DE LA POLÍTICA
OBSERVACIONES DESDE UNA PERSPECTIVA EUROPEA



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL MES
DE OCTUBRE DE 1997 EN LOS TA-
LLERES DE ABEDUL EDITORES S.A.
DE C.V., HOLBEIN 74 ALTOS, CIU-
DAD DE MÉXICO. LA EDICIÓN
CONSTA DE 1 000 EJEMPLARES,
Y ESTUVO A CARGO DE LÍDICE
RINCÓN GALLARDO PAVÓN





**FRIEDRICH
EBERT 
STIFTUNG**